

desplegar sus enseñas, avanzar hasta el pie de las murallas formando la tortuga y cubrir con sus huestes toda la calzada, ni siquiera intentaron el combate, y, en su terror, se rindieron á discreción. De Celetro pasó Sulpicio á la Dassarecia, donde tomó por asalto la ciudad de Pelio. Llevóse á los esclavos con el resto del botín, y los hombres libres fueron despedidos sin rescate, devolviéndoles la ciudad, pero dejando en ella fuerte guarnición, porque su posición era muy ventajosa para hacer correrías en Macedonia. Después de recorrer así el territorio enemigo, el cónsul llevó sus fuerzas á Apolinia, país sometido desde mucho tiempo, desde donde partió para ponerse en campaña. A Filipo le habían ocupado las operaciones de los etolios, athamanos, dardanios y todos los enemigos que se habían levantado de pronto por todas partes contra él. En el momento en que los dardanios abandonaban la Macedonia, envió contra ellos á Athanagoras con la infantería ligera y la mayor parte de la caballería, y le encargó perseguir á aquellos bárbaros en la retirada, hostigar su retaguardia y enfriar su ardor por las expediciones exteriores. Damocrito había sublevado á los etolios; aquel mismo pretor que en Neupacta les había aconsejado esperar para decidirse, en la siguiente asamblea fué el primero que les llamó á las armas cuando supo el resultado del combate de Ortholofo, la invasión de la Macedonia por los dardanios y Pleurato á la cabeza de los ilirios, y, en fin, la llegada de la flota romana delante de Orea, y cuando se enteró de que los macedonios, amenazados por tantas naciones vecinas, se encontraban á punto de quedar bloqueados por mar.

Esto era lo que había traído á Damocrito y á los etolios al partido de los romanos. También se les reunió

Amyndandro, rey de los athamanos, y marcharon á sitiar á Cercinio. La ciudad había cerrado sus puertas, ignorándose si por fuerza ó voluntariamente, porque tenía guarnición macedónica: al cabo de pocos días fué tomada y quemada. Cuantos sobrevivieron al desastre, hombres libres ó esclavos, fueron arrebatados con el botín. El temor de suerte igual hizo abandonar todas las ciudades de las cercanías del lago Boebis, refugiándose los habitantes en las montañas. No ofreciendo ya el país botín á los etolios (1) lo abandonaron para arrojar sobre la Perrhebia: tomaron por asalto á Cyreacias, que fué indignamente saqueada; Malea se sometió por propia voluntad y entró en la confederación. Amyndandro aconsejaba marchar desde la Perrhebia á Gonphos, ciudad lindante con la Athamania y que parecía había de ofrecer débil resistencia. Los etolios preferían las llanuras de la Tesalia, que les ofrecían rico botín. Amyndandro les siguió á ellas, aunque no aprobaba ni la resolución, ni el desorden de sus excursiones, ni la indiferencia con que establecían sus campamentos al azar, en el primer paraje que encontraban, y sin tomarse el trabajo de fortificarlo. Así, pues, temiendo por sí mismo y por los suyos algún desastre por efecto de su temeridad y negligencia, cuando les vió acampar en una llanura dominada por la ciudad de Fecada, marchó á establecerse, á poco más de quinientos pasos, en una altura en la que al menos se rodeó de algunas, aunque débiles fortificaciones. En cuanto á los etolios, exceptuando sus devastaciones, apenas parecían recordar que se encontraban en país enemigo: unos vaga-

(1) Los etolios eran unos ladrones, piratas de tierra, que se mezclaban á las guerras de sus aliados para saquear.

ban casi desarmados por los campos; otros permanecían en el campamento sin atender á su defensa, pasando el día y la noche entre el sueño y la embriaguez. De pronto se presentó Filipo. Enterados de su llegada por algunos fugitivos que regresaban temblando de sus excursiones, Damocríto y los otros jefes se pusieron en movimiento. Era el mediodía: la mayor parte de sus soldados, repletos de alimentos, dormían tendidos en el suelo. Despertáronles, les hicieron tomar las armas y enviaron los más ágiles en todas direcciones para llamar á los merodeadores dispersos por los campos. Tan grande fué la confusión, que salieron del campamento jinetes sin espada y la mayor parte sin coraza. Arrastrados con este apresuramiento y formando apenas entre peones y jinetes un cuerpo de seiscientos hombres, cayeron en medio de la caballería del Rey, que tenía las ventajas del número, del valor y de las armas; por esta razón fueron derrotados al primer choque, y, casi sin tratar de defenderse, huyeron cobardemente hacia su campamento. La caballería, que les separó del resto de los fugitivos, hizo algunos muertos y prisioneros.

Filipo casi tocaba ya á las empalizadas cuando mandó tocar retirada. Hombres y caballos estaban fatigados, no tanto por el combate, como por la larga jornada y extraordinaria rapidez de la marcha. Sucesivamente envió á cada turma de caballería y á cada manípulo de infantería á sacar agua y á comer; otros quedaron con las armas en sus puestos esperando á la infantería pesadamente armada, que tenía que caminar despacio. En cuanto llegó recibió orden también de clavar sus enseñas, colocar delante las armas y comer apresuradamente, mientras que dos ó tres manípulos á lo sumo

irían en busca de agua. Entretanto la caballería é infantería ligera permanecían formadas en batalla, dispuestas para el caso en que el enemigo hiciera algún movimiento. Los etolios, cuyos destacamentos dispersos habían regresado al campamento, se mostraron dispuestos entonces á defenderse: colocaron soldados cerca de las puertas y á lo largo de las empalizadas, y demostraron mucha resolución mientras el enemigo permaneció inmóvil y se encontraron fuera de su alcance. Pero cuando se movieron las enseñas y los macedonios se acercaron al campamento ordenadamente y dispuestos al asalto, en el instante mismo abandonaron las puertas, huyendo por la espalda de las empalizadas hacia la altura que ocupaban los athamanos. En aquella precipitada carrera cayeron muchos etolios muertos ó prisioneros. De estar menos adelantado el día, hubiese podido Filipo, sin duda alguna, forzar también el campamento de los athamanos; pero el combate, y después el saqueo del campamento, le ocuparon demasiado; detúvose, pues, al pie de la montaña, en la llanura inmediata, decidido á comenzar el ataque al amanecer el día siguiente. Cediendo los etolios al terror que les había arrojado ya de su campamento, se dispersaron y huyeron durante la noche. Amyndro les fué entonces muy útil: al frente de los athamanos, que conocían los caminos, marchó por las crestas de las montañas, por senderos desconocidos á los que le perseguían, y llevó los etolios á su país. En aquella derrota tan completa se extraviaron muy pocos, cayendo en medio de la caballería macedónica que Filipo, al ver desde muy temprano abandonada la altura, envió para hostigar la marcha del enemigo.

Al mismo tiempo el general de Filipo, Athenágoras,

alcanzó á los dardanos en el momento en que entraban en su territorio, y puso en desorden su retaguardia. Los dardanos volvieron caras, se formaron en batalla y trabaron combate regular, cuyo resultado quedó incierto; pero cuando volvieron á ponerse en marcha, la caballería y las tropas ligeras del rey les inquietaron mucho. Los dardanos no tenían recursos del mismo género: iban cargados con armas demasiado pesadas y no podían moverse, y hasta el terreno favorecía al enemigo. Tuvieron pocos muertos, muchos más heridos y ningún prisionero, porque no abandonan imprudentemente las filas: combaten y se retiran en masa. Así, pues, las pérdidas que experimentó Filipo combatiendo con los romanos, las había reparado castigando con afortunadas expediciones dos naciones enemigas, y su empresa había sido tan feliz como arriegada. Una circunstancia casual disminuyó después el número de los etolios enemigos. Scopas, uno de los jefes del país, enviado desde Alejandría por el rey Ptolomeo con considerable cantidad de oro, levantó seis mil infantes y un cuerpo de caballería mercenaria que se llevó á Egipto. Toda la juventud etolia hubiese partido con él si Damocrito no les hubiese recordado la guerra que les amenazaba y el abandono en que iba á encontrarse el país. Ignórase si obraba así por interés del bien público ó por oposición á Scopas, que no le había ganado con algunos regalos; pero sus observaciones retuvieron á parte de los jóvenes. Tales fueron los acontecimientos de aquella campaña entre los romanos y Filipo.

La flota que partió de Corcyra al comenzar aquella misma campaña, bajo las órdenes del legado L. Apustio, dobló el cabo Malea, y se reunió con la del rey Atalo, cerca del promontorio Scyleón, en el territorio de Her-

mión. El odio de los atenienses contra Filipo, largo tiempo contenido por el miedo, desbordó por completo á la llegada de aquel poderoso socorro. Nunca ha carecido Atenas de gentes dispuestas á sublevar al pueblo con su palabra; esta clase de gentes se encuentra en todas las ciudades libres; pero especialmente en Atenas, patria de la elocuencia donde el favor de la multitud les alienta. Así, pues, inmediatamente se propuso una ley que adoptó el pueblo y que decía: «que se suprimirían y destruirían todas las estatuas de Filipo, sus imágenes con sus inscripciones y las de sus antepasados de los dos sexos; suprimiríanse como profanos todos los días festivos, los sacrificios y los sacerdotes instituidos en honor suyo; quedaría maldito todo paraje donde se encontrara algún objeto, alguna inscripción en honor suyo; no se permitiría alzar en él ningún monumento de los que no pueden construirse sino en paraje exento de mancha; los sacerdotes, en todas las plegarias que dirigiesen á los dioses por el pueblo ateniense, por sus aliados, por sus ejércitos y sus flotas, pronunciarían imprecaciones y maldiciones contra Filipo, sus hijos, su reino, sus tropas de tierra y mar contra toda la nación macedónica y hasta contra su nombre.» Añadióse «que el pueblo ateniense aceptaría toda proposición encaminada á escarnecer y deshonrar el nombre de Filipo, pero que podría recibir la muerte por su crimen el que se atreviese á decir una palabra ó á intentar algo para disculparle ó para honrarle.» Concluyóse decretando «que se pondrían en vigor contra Filipo todas las disposiciones que se tomaron en otro tiempo contra Pisistrátides.» De esta manera empleaba Atenas las únicas armas de que disponía: palabras y escritos para hacer guerra á Filipo.

Atalo y los romanos marcharon primeramente de Hermión al Pireo; permanecieron allí algunos días y les colmaron de decretos honrosos, en los que el entusiasmo del pueblo ateniense por sus aliados corría parejas con sus anteriores odios contra sus enemigos. Desde el Pireo hicieron rumbo hacia Andros. Habiendo anclado la flota en el puerto llamado Gaureleón, hizose sondear las disposiciones de sus habitantes para saber si preferían entregar voluntariamente su ciudad ó sostener el asalto. Contestaron que ocupaba la fortaleza guarnición macedónica y que no eran ellos los dueños. En seguida desembarcaron las tropas y todas las máquinas necesarias para un sitio, y poco después se acercaron á la plaza, cada cual por su lado, Atalo y el legado romano. Lo que más asustó á los griegos fueron aquellas enseñas y aquellas armas que veían por primera vez y la intrepidez de aquellos guerreros que con tanta decisión marchaban hacia las murallas. En el acto huyeron á la fortaleza, y los romanos se apoderan de la ciudad. La fortaleza resistió dos días, gracias á su posición más que al valor de sus defensores, rindiéndose al tercero; los habitantes y la guarnición quedaron en libertad para pasar á Delio en Beocia con un solo vestido cada uno. Los romanos la cedieron al Rey, reservándose el botín y todos los ornamentos de la ciudad. Temiendo Atalo encontrarse dueño de una isla desierta, persuadió á casi todos los macedonios y á muchos habitantes de Andros á permanecer allí. Más adelante, los que, por consecuencia de la capitulación, se habían trasladado á Delio, regresaron, excitados tanto por las promesas del Rey, como por el deseo de volver á la patria, que les llevaba á confiar más en su palabra. De Andros pasaron á Cythnos, donde perdieron inútilmente muchos

días sitiando la ciudad, y como era plaza sin importancia, se hicieron á la vela. En Prasias (costa del Ática) se reunieron á la flota veinte barcas de iseos, enviándoles á talar los campos de Carpeto y esperaron su regreso en Geresto, notable puerto de Eubea. En seguida toda la flota ganó la alta mar, pasó por Scyros y abordó á Icos, donde la retuvo algunos días fuerte viento norte. En cuanto mejoró el tiempo, pusieron rumbo á Sciathos, ciudad que antes tomó y saqueó Filipo. Los soldados se dispersaron por los campos y trajeron á las naves el trigo y víveres que pudieron encontrar; botín no podía esperarse; y además, los griegos no habían merecido que les maltratasen. Dirigiéronse entonces á Casandrea, y fondearon primeramente en Mendis, caserío marítimo dependiente de la ciudad; después, cuando hubieron doblado el promontorio y quisieron aproximarse á las murallas de la plaza, estalló tremenda tempestad; las olas casi sepultaron las naves, dispersas y despojadas de casi todas sus jarcias; los soldados se refugiaron en la plaza. Este desastre marítimo fué precursor del que les esperaba en tierra. Cuando se reunió la flota y desembarcaron los soldados, los aliados atacaron la ciudad; pero fueron muy maltratados y rechazados por la guarnición macedónica, que era muy numerosa. Después de esta infructuosa tentativa se reembarcaron, pasaron por Canastrea, Palenes, doblaron el cabo Toroneo y se dirigieron á Acantho, devastando su campo, tomando y saqueando la ciudad. Allí se detuvieron las correrías; la flota estaba ya repleta de botín, y volvieron por el camino que habían seguido, llegando á Sciatos y de allí á la Eubea.

La flota permaneció allí, mientras que diez naves

ligeras penetraban en el golfo Maliaco para concertar con los etolios las operaciones de la guerra. Sipyrricas era el jefe de la legación etolia que marchó á Heraclea para conferenciar con el Rey y el Legado romano. Según el tratado de alianza, pidió á Atalo un socorro de mil soldados, número de hombres que este príncipe debía suministrarles en caso de guerra con Filipo. Atalo se negó á ello, porque los mismos etolios habían mostrado repugnancia á ponerse en campaña para devastar la Macedonia, cuando Filipo incendiaba los templos y casas en las cercanías de Pérgamo (1) y podían haberle atraído á sus propios estados por medio de vigorosa demostración. Pero los romanos hicieron muchas promesas á los etolios, que se retiraron con esperanzas y sin socorros. Apustio y Atalo volvieron á la flota, proponiéndose sitiar á Orea, plaza defendida por buenas murallas y fuerte guarnición desde que tuvo que sostener otro ataque. Después de la toma de Andros se les había reunido el prefecto rodiano Agesimbrotos, con veinte naves cubiertas; enviáronle con estas naves á estacionar delante del cabo Zelasio, en la Isturia, ventajosa posición que domina á Demetriades, y desde donde los rodios podían socorrer á los sitiadores al menor movimiento de la flota macedónica. Heracles, que la mandaba en nombre del Rey, tenía sus naves ancladas, acechando algún descuido de los enemigos, encontrándose demasiado débil para obrar á viva fuerza. Los romanos y Atalo estrechaban á Orea por dos lados diferentes: los primeros por la fortaleza inmediata al mar, y Atalo por el valle que se extiende

(1) Pérgamo tenía, entre otros, un templo á Venus y un Nicephorium ó bosque sagrado, debido á la piedad de Eumena, y que los macedonios saquearon y devastaron.

entre las dos fortalezas, donde la ciudad se encuentra defendida también por una muralla interior. La diferencia de posiciones exigía diferencia en el ataque. Los romanos empleaban la tortuga, el mantelete y el ariete para quebrantar las murallas; los soldados del Rey se servían de balistas, catapultas y máquinas de todo género para lanzar dardos y hasta piedras enormes, sin descuidar la mina ni ningún otro medio cuya utilidad quedó demostrada en el primer sitio. Por lo demás, la guarnición macedónica que defendía la ciudad y las fortalezas, no solamente era más numerosa, sino que también tenía más serenidad y bravura, recordando los castigos que les impuso el Rey por la primera falta, sus amenazas y promesas para lo venidero; así era que los sitiadores tenían pocas esperanzas de apoderarse de ella por sorpresa. Apustio, sin embargo, creyó poder intentar alguna otra empresa; dejó las fuerzas suficientes para activar los trabajos del sitio, pasó á la costa más inmediata del continente, cayó de improviso sobre Larisa, no la famosa Larisa de Tesalia, sino la que los griegos llaman Cremasta, y se apoderó de ella, menos de la fortaleza. Atalo, por su parte, sorprendió á Egeleón, que no podía esperar aquel ataque durante el sitio de una ciudad inmediata. Ya habían terminado todos los trabajos delante de Orea, y la guarnición estaba extenuada en el interior por fatigas continuas, por la continua vigilancia diurna y nocturna, y, en fin, por las heridas. Quebrantada la muralla por los golpes del ariete, se había derrumbado en varios puntos, y por esta brecha penetraron de noche los romanos en la fortaleza, pasando por más arriba del puerto. Al amanecer, y á una señal dada por los romanos desde lo alto de la fortaleza, Atalo atacó también la ciudad,

cuyas murallas estaban en gran parte derribadas. La guarnición y los habitantes se refugiaron en la otra fortaleza, donde se rindieron dos días después. La ciudad quedó para él, y los prisioneros para los romanos.

Acercábase ya el equinoccio de otoño, época en que los marineros temen el golfo de Eubea, llamado Cela en el país. Los vencedores quisieron salir de él antes de las tempestades del invierno, y regresaron al Pireo, de donde partieron al comenzar la campaña. Apustio dejó allí treinta naves, dobló el cabo Maleo y puso rumbo á Coreyra. Atalo permaneció allí durante la celebración de los misterios de Ceres (1), á los cuales asistió; y después de la fiesta partió para el Asia, enviando á los rodios y á Agesimbrotó á su patria. Estos fueron los acontecimientos realizados por mar y tierra en aquella campaña del Cónsul romano y de su Legado, con el auxilio de Atalo y de los rodios, contra Filipo y sus aliados. C. Aurelio, el otro cónsul, no llegó á su provincia hasta que estuvo terminada la guerra, por lo que no pudo ocultar su disgusto al pretor que había vencido en ausencia suya. Relególe á la Etruria, entró con las legiones en territorio enemigo, y causó estragos, recogiendo rico botín, pero alcanzando poca gloria en aquella expedición. Viendo L. Furio que nada tenía que hacer en la Etruria, é impaciente además por triunfar de los galos, creyó que le sería más fácil conseguirlo en ausencia del Cónsul, cuyo resentimiento y envidia podía temer; llegó, pues, inopinadamente á Roma, convocó al Senado en el templo de Belona, dió

(1) Los grandes misterios de que se habla aquí, se celebraban en el mes de boedromión, Septiembre; comenzaban el 15, y duraban nueve días.

cuenta de sus hazañas y solicitó el honor de entrar en triunfo en la ciudad.

Seducía á la mayor parte de los senadores el brillo de aquellas victorias ó el cariño que le profesaban. Los más ancianos rechazaban su petición porque el ejército con que había vencido no era el suyo, y porque había abandonado su provincia para venir á arrancar por sorpresa el triunfo que deseaba, conducta que no tenía ejemplo hasta entonces. Los consulares especialmente sostenían que debía haber esperado al Cónsul, establecer su campamento cerca de Roma, proteger la colonia, pero no dar batalla, y ganar tiempo hasta la llegada de aquel magistrado; que al Senado correspondía hacer lo que el Pretor no había hecho; que era, pues, necesario esperar al Cónsul, y que, después de haber oído discutir personalmente á Furio y Aurelio delante de ellos, podrían decidir con mayor seguridad. La mayoría del Senado opinaba que solamente debía atenderse al éxito, y ver si como magistrado y bajo sus propios auspicios lo había conseguido Furio. Cuando de dos colonias opuestas como diques al torrente de los galos, una había sido saqueada y quemada; cuando el incendio iba á comunicarse ya á la otra, que estaba tan próxima que, por decirlo así, se tocaban los techos de las casas, ¿qué debió hacer el Pretor? ¿Para obrar era necesario esperar al cónsul? En este caso, el Senado había hecho mal en dar un ejército al Pretor; porque, si no quería que el ejército del Pretor, sino el del Cónsul, fuese el que hiciera la guerra, pudo terminar el senatusconsulto con esta cláusula expresa: ó el Cónsul era culpable por no haber partido después de haber mandado á su ejército que pasase de la Etruria á la Galia, y no habérsele

adelantado en Ariminio para dirigir la marcha de una guerra que él solamente tenía derecho á hacer. En campaña no se sujetan las ocasiones á los retrasos y lentitudes de los generales; frecuentemente había que combatir, no porque se quisiera, sino porque el enemigo imponía la necesidad. Debía considerarse la batalla y su afortunado éxito; el enemigo había sido derrotado y deshecho; su campamento cogido y saqueado; libertada la colonia sitiada; recobrados y devueltos á sus familias los prisioneros que había hecho en la otra colonia, y la guerra terminada de un solo golpe. No solamente se habían regocijado los hombres por esta victoria, sino que, en honor de los dioses inmortales, se habían decretado tres días de acciones de gracias por el feliz éxito que el pretor L. Furio había obtenido en su mando, y no para expiar sus faltas y temeridad. Además, los destinos habían señalado en cierto modo á la familia de los Furios para combatir á los galos.\*

Esta clase de oraciones, pronunciadas por el mismo Furio y sus amigos, y el favor que le aseguraba su presencia, triunfaron sobre la dignidad del cónsul ausente, y se le concedió el triunfo por gran mayoría. El pretor L. Furio triunfó de los galos durante su magistratura. Entregó al Tesoro trescientas mil libras de peso de bronce y ciento setenta mil de plata. Ningún cautivo marchaba delante de su carro; no le precedían despojos ni le seguían soldados, viéndose que, á excepción de la victoria, todo estaba en manos del Cónsul. P. Cornelio Scipión hizo celebrar en seguida, con grande magnificencia, los juegos que había ofrecido durante su consulado en África. Designáronse tierras á sus soldados; decretóse que por cada año de servicio en España ó en Africa recibiría cada uno dos yugadas, y que los

decenviros harían la distribución. Nombráronse en seguida triunviros encargados de completar la población de la colonia de Venusia, diezmada por la guerra de Anníbal, siendo elegidos C. Terencio Varrón, T. Quincio Flamínio y P. Cornelio Scipión, hijo de Eneo, quienes alistaron nuevos colonos. En este mismo año, C. Cornelio Cethego, procónsul en España, derrotó numeroso ejército enemigo en el campo sedetano (1); dícese que quedaron en el suelo quince mil españoles, y que se cogieron setenta y ocho enseñas. El cónsul C. Aurelio había regresado de su provincia á Roma para presidir los comicios, y no se quejó, como se temió al principio, «de que el Senado no le había oído, ni se había permitido á un cónsul discutir contra un pretor; pero atacó el senatusconsulta que concedía el triunfo, cuando solamente se había escuchado al que debía triunfar y no á los que habían tomado parte en el combate. Cuando los artepasados establecieron que los legados, los tribunos militares, los centuriones y hasta los soldados asistirían al triunfo, quisieron que su presencia fuese claro y público testimonio de las hazañas de aquel á quien se consideraba digno de tan alto honor. De todo el ejército que había combatido contra los galos, ¿había allí algún soldado, algún criado al menos á quien el Senado pudiera interrogar acerca de la verdad ó falsedad de las aserciones del Pretor?» Aurelio señaló en seguida el día de los comicios, en los que se crearon cónsules á L. Cornelio Lentulo y P. Vilio Tappulo; en seguida se nombraron pretores á L. Quincio Flamínio, L. Valerio Flacco, L. Vilio Tappulo y Cn. Bebio Tamfilo.

(1) Los sedetanos ó edetanos eran un pueblo de la Tarraconesa, cercano al mar. Entre sus ciudades principales se contaban Edela y Valencia.

Este año estuvo también muy barato el trigo. La considerable cantidad de granos que se trajo de Africa la distribuyeron al pueblo los ediles curules M. Claudio Marcelo y Sex. Elio Peto, al precio de dos ases el modio. Estos magistrados celebraron también con mucha pompa los juegos romanos, pero no repitieron esta representación más que una vez. Con los productos de las multas hicieron colocar en el tesoro cinco estatuas de bronce. Los ediles L. Terencio Masiliota y Cn. Bebio Tamflo, pretor designado, celebraron tres veces los juegos plebeyos completos. Con ocasión de la muerte de M. Valerio Levino, sus hijos Publio y Marco dieron aquel año en el foro juegos fúnebres que duraron cuatro días: añadieronles un combate de gladiadores, presentándose en la arena veinticinco parejas. M. Aurelio Cotta, decenviro de los sacrificios, murió, reemplazándole Manio Acilio Glabrion. En los comicios se había elegido para ediles curules dos ciudadanos que se encontraban en la imposibilidad de entrar en cargo inmediatamente: era uno C. Cornelio Cethego, elegido durante su ausencia, y que mandaba entonces en España; el otro, C. Valerio Flacco, aunque presente, era sacerdote de Júpiter (1) y no podía prestar juramento. Ahora bien: ningún magistrado podía ejercer más de cinco días, si no había prestado juramento. Flacco pidió se le dispensase de la ley, y el Senado decretó que si, con el consentimiento de los cónsules, presentaba un edil que jurase por él, los cónsules invitarían á los tribunos para que hiciesen que el pueblo aceptase aquel juramento. Flacco presentó á su hermano L. Valerio, pretor desig-

(1) Estaba prohibido á este sacerdote prestar ningún juramento.

nado, para que prestase juramento en su lugar; los tribunos consultaron al pueblo, y el pueblo decretó que aquel juramento era tan válido como si le hubiese prestado el edil en persona. En cuanto al otro edil, ante la proposición que hicieron los tribunos de enviar dos generales nuevos á mandar los ejércitos en España, dióse un plebiscito disponiendo que el edil curul C. Cornelio regresase á Roma para ejercer su cargo, y que L. Manlio Acidino dejase una provincia que tenía desde tantos años. El pueblo envió á España á Cn. Cornelio Lentulo y L. Stertinio con el título de procónsules.

FIN DEL LIBRO XXXI.